

La etapa de la vida que constituye el periodo estudiantil está marcada con rojo sello por los exámenes.

Es el examen un pérfido aliado, un agradecido rival que, cual juzgado del Destino, dictamina nuestra valía, nuestro esfuerzo y nuestra voluntad.

El enemigo íntimo que es el examen consigue algo que no logran los mayores miedos. Logra hacer que planifiquemos nuestra vida en torno a él, meditando sobre nuestro próximo duelo durante días y persiguiéndonos aún cuando queremos escapar de él, ya sea en nuestro tiempo de evasión o en nuestros más intrincados sueños. Es extraño el momento en el que uno se encuentra cara a cara con un mero trozo de papel del cual puede depender su futuro.

Uno mira al documento y lo observa con cautela, mientras siente que le devuelven la mirada en un intercambio silencioso de amenazas sibilinas. ¿Cómo te mira a ti tu examen? ¿Con prepotencia, complicidad, indiferencia?

¿Lástima, quizás?

Es entonces cuando surge el instinto de apuñalar el examen con todos tus conocimientos, rasgarlo con ira por el tiempo empeñado en preparar esa batalla y ensuciar su albor con las páginas estudiadas, los apuntes copiados y los vídeos memorizados. Sin embargo, cuando uno sabe que no puede mejorar el trabajo hecho, no prevalece la satisfacción de la responsabilidad terminada. Un caluroso sentimiento de alivio y despreocupación le embarga a uno, cierto es. Pero uno sabe que, aunque la batalla esté acabada, aún queda conocer el resultado del lance.

¿Cómo debe sentirse un imputado esperando una sentencia del tribunal? ¿Qué piensa el neófito padre esperando en el paritorio a que le presenten a su hijo? Seguramente es algo parecido a lo que siente uno cuando se ve obligado a hacer acopio de estoicismo esperando la nota de su examen. La llegada del corrector que supone el reencuentro con tu rival puede suponer sentimientos de lo más variado, llegando desde la más absoluta agonía a una pura sensación de éxtasis. Desde la sensación de no haber promulgado más que estulticia y prevaricato hasta la idea de considerarse un prodigio en el trágico mundo del estudiante.

El examen, ese enemigo íntimo. Parte de nosotros a la cual, queramos que no, echaremos de menos.